

podiera caer de su párpado una sola lágrima ardiente! Pero, ¡ay! el cielo le ha negado lágrimas, y así es que su rostro se contrae, sus labios se agitan, su boca se abre, no para exhalar arrepentimiento, sino para proferir blasfemias, y de lo íntimo de esa antigua conciencia deicida sale todavía en el siglo XIX ese grito infernal: *Reus est mortis* (1): *la sentencia de Jesucristo fué legal* (2).

¡O Dios! ¡que ese grito de desesperación no retarde la hora de gracia y de conmiseración! ¡apresurad, apresurad mas bien la marcha de los acontecimientos que deben traerla, y que entre tanto vuestros fieles creyentes os glorifiquen, porque haceis servir tan admirablemente para el esplendor de la verdad, la incredulidad obstinada de ese pueblo disperso siempre y siempre vivo para dar el testimonio mas auténtico á vuestras profecías! ¡Que los adversarios de nuestra santa religion, despojándose de sus prevenciones, reconozcan al fin con el profundo pensador Pascal, que la realización de esas profecías es un milagro que subsiste hace cerca de dos mil años, y cuya incontable garantía se halla en las manos mas desinteresadas, mas hostiles y mas fieles, como un faro destinado á llevar la luz á los ojos que *quieran* ver la verdad del cristianismo (3)!

(1) San Mateo, XXVI, 66.

(2) Eso es lo que pretende Mr. Salvador en su *Historia de las instituciones de Moisés*, etc., en el capítulo intitulado: *Juicio y sentencia de Jesús*. Mr. Dupin, el mayor, ha refutado perfectamente al filósofo judío en su opúsculo *Jesús ante Caifás y Pilatos*. (Véanse las *Demostraciones evangélicas* publicadas por Mr. Migne, tomo XV).

(3) Únicamente los ateos explican los judíos. La naturaleza demuestra tan claramente á Dios como la Escritura á Jesucristo; y sin embargo, hay espíritus que se ciegan hasta negar á Dios. *Los judíos son los ateos de la redención*, ha dicho muy bien M. de Genoude (*Biblia traducida*, etc.: nota al versículo VIII del cap. II de Aggeo).

CAPITULO VIII.

DEMOSTRACION DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL CRISTIANISMO POR EL SOLO HECHO DE SU ESTABLECIMIENTO.

Jesucristo habia dicho: «Cuando yo haya sido crucificado, atraeré á mi todas las cosas (1).» ¡Frase estraña, frase insensata bajo el punto de vista humano, preciso es convenir en ello!... Figurémonos si no, que viene un hombre á decirnos con la mayor serenidad: «Cuando yo haya sido ajusticiado como el mas vil de los malhechores, me adorarán en todo el universo;» ¡con qué carcajadas, con qué profunda lástima acogeríamos semejante anuncio! Pero si realizado el hecho del suplicio, viésemos con nuestros propios ojos cumplirse igualmente el otro hecho, sin ninguna causa humana, ¿no es cierto que esclamaríamos al punto con el profeta: *Esa es la obra de Dios* (2)? ¡Con cuánto mas motivo experimentaremos esa irresistible convicción cuando hayamos reconocido por medio de una discusión profunda que el cristianismo no ha tenido para establecerse ningun medio humano, y que ha tenido en contra suya todo cuanto podia impedirle humanamente que se estableciese en el mundo!

Que el cristianismo no ha tenido para establecerse, ni la fuerza de las armas, ni el poder de los reyes, ni la influencia de la fortuna, es cosa que nadie ha puesto en duda.

(1) San Juan, XII, 32.

(2) *A Domino factum est istud* (salmo CXVII, 32).

Solo, pues, nos cumple hacer ver, que el cristianismo, privado de esos medios exteriores, nada ha tenido en sí que pudiera bastar humanamente para su establecimiento; nada en sus dogmas, nada en su moral, nada en su culto, nada en su origen ni en sus propagadores.

Tres misterios profundos, repugnantes á la razon en sus apariencias, y que era preciso hacer profesion solemne de creer en el acto mismo de la iniciacion, eran su primera enseñanza, é inmediatamente despues venia la de otros dogmas no menos abrumadores para el orgullo del entendimiento humano. El cristianismo se hallaba, en efecto, constituido desde el principio, y no ha consultado bien la historia M. P. Leroux al sostener que sus dogmas habian ido saliendo sucesivamente del escrutinio de los concilios generales (1): antes por el contrario, los vemos claramente enunciados en escritos de una autenticidad incontestable, que aparecieron mucho tiempo antes de la celebracion de esos mismos concilios, cuyas decisiones, por otra parte, dan un brillante mentís á aquel aserto. El primer concilio general de Nicéa, por ejemplo, al tratar de materias puramente de disciplina, se espresa en estos términos: *Nos ha parecido conveniente decretar lo que sigue*; pero cuando habla de dogma: *La iglesia de Dios enseña*, lo cual demuestra con evidencia que los concilios no han hecho mas que comprobar la existencia anterior de los dogmas en vez de crearlos (2).

¿Y en qué siglo se intentaba hacer adoptar esos dogmas impenetrables, y hacerlos creer firmemente hasta el punto de dar la vida antes que faltar á esa fé? En un siglo que á la verdad no carecia de luces, en un siglo en que el orgullo no conovia límites, en que el escepticismo habia,

(1) *Enciclopedia nueva*, artículo Cristianismo, Concilios.—Véanse el *Ensayo sobre el panteísmo* por el abate Maret y la *Universidad católica*, tomo XXIII de la coleccion.

(2) *Conferencias sobre las doctrinas y las prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman.

por decirlo así, corroido los espíritus como el epicureismo los corazones, y en que la alta sociedad, tan influyente con las masas, se adormecía blandamente, parte en una vaga incredulidad y parte en un indiferentismo apático. ¿Bajo qué concepto podia el cristianismo, por su doctrina dogmática, atraer á sí los espíritus de entonces, arrancándolos de las dulzuras de ese letargo soñoliento, he dicho mal, de las sombrías tinieblas de esa muerte en que yacia el mundo romano sin esperanza?... Verdad es que desataba con esa doctrina el nudo hasta entonces indisoluble de la condicion del hombre sobre la tierra; pero explicar el hombre por la caída y la redencion, era explicar un misterio por otros misterios. Verdad es tambien que ofrecia una teoria satisfactoria sobre las relaciones del hombre con Dios, y un medio positivo de obtener gracia de él despues de la violacion del orden moral, y ofrecia asimismo la realizacion completa del presentimiento natural de nuestra inmortalidad. Pero para gozar de esas ventajas habia que creer bajo su palabra (porque le suponemos aquí abandonado á sí mismo y privado de todo medio sobrenatural), habia que creer, digo, bajo su palabra, dogmas tan oscuros para la razon humana como las dudas insolubles á que contestaba. Que unos dogmas sencillos, claros, acomodados á la pasion favorita del hombre, á la independencia de todo lo que no va directamente á sus ideas y preocupaciones, logren hacerse creer naturalmente, es cosa fácil de concebir; pero dogmas complicados, oscuros, incomprendibles, misterios tales como los del cristianismo, lejos de atraer naturalmente á los hombres, debian enemistarlos, sublevarlos contra una religion de la que constituian la base.

En aquella época, han dicho algunos pensadores modernos (1), la filosofia se reasumia en la doctrina del Verbo, y estaba admitida universalmente la creencia en la

(1) Véase el *Ensayo sobre el panteísmo*, por el abate Maret, y *Jesucristo y el Evangelio*, por el abate Eduardo Chassay.

encarnacion de los dioses: de consiguiente, no tuvo el cristianismo ningun trabajo en hacer aceptar su dogma del Verbo encerrado bajo el nombre de Hijo de Dios. ¿Pero cómo unos hombres sensatos pueden olvidar que la doctrina del Verbo de Platon, ó la doctrina análoga de la filosofía del Oriente, ó de los santuarios del Egipto, eran solo conocidas de los sábios, que no eran ni con mucho la generalidad, y que no todos se hicieron cristianos? ¿Cómo pueden olvidar que su autoridad, por otra parte, era nula sobre el inmenso vulgo completamente extraño á la terminología de los filósofos y á la doctrina misteriosa de los templos; vulgo entre quien tuvo sin embargo lugar la mayor parte de las conversiones? ¿Cómo pueden desconocer la enorme distancia que separa al Verbo filosófico ó sacerdotal y las encarnaciones paganas, del dogma cristiano de la encarnacion del Hijo de Dios para la salvacion de los hombres? En Platon el Verbo era una denominacion congetural, vaga, enigmática y hasta manchada, á lo que parece, con un vergonzoso sabeismo: ó si se quiere (porque la doctrina del filósofo griego se dilata ó se condensa á voluntad de los diversos comentaristas), era una emanacion de la divinidad, pero una emanacion finita, inferior; y para convencerse de ello basta consultar los testos griegos completos de sus obras, las fuentes donde behió sus doctrinas, y las explicaciones dadas por sus discípulos. En los filósofos ó en los sacerdotes del paganismo oriental, no se halla mas que una teoria análoga de emanacion, mas ó menos oscura, ó bien alegorías metafísicas enlazadas con ensueños extravagantes; y en Egipto una cosa tan confusa y tenebrosa que los antiguos y los modernos han imaginado sobre esa doctrina religiosa las hipótesis mas contradictorias (1)... En el cristianismo, el

(1) Véanse el *Ensayo sobre el panteísmo*, por M. Maret; la *Theodicea cristiana*, por el mismo; *Jesucristo y el Evangelio*, por E. Chassay; los *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a série; los *Padres de la Iglesia*, traducción publicada por M. de Genoude; prefacio, tomo II.

Verbo era, por el contrario, una realidad dogmática y precisa; una persona divina, infinita, co-eterna é igual á Dios Padre, distinta del Padre, aunque en unidad de naturaleza. Eso es lo que demuestran las diversas partes del Nuevo Testamento, los documentos tradicionales de los tres primeros siglos; por ejemplo, la obra de Tertuliano contra Praxeas (cap. II y VII), y los escritos de San Justino, cuyo nacimiento frisa con los apóstoles: «El espone y desenvuelve, dice el doctor Neandro de Berlin, la divinidad de Jesucristo, la Trinidad de las personas en Dios, con tal precision y claridad, que se ve que no era esa una doctrina formulada solo por él sino una enseñanza muy familiar entonces (3).»

Por otra parte las encarnaciones del paganismo eran fábulas sin fundamento, y fábulas acomodadas á los gustos y á las pasiones de los hombres... En el cristianismo la encarnacion del Hijo de Dios era una historia auténtica, pero historia que les hería de frente. Ese Verbo, Hijo de Dios, Dios mismo, Dios hombre, ofrecia en todas las fases de su vida mortal, los hechos mas asombrosos, y en el drama que lo terminó, todo cuanto podia lastimar y sublevar la razon humana... por diadema las espinas ensangrentadas de la ignominia y del tormento; por manto real, unos harapos encarnados; por trono, la columna de los azotes; por cetro, la caña del escarnio; por homenajes, las genuflexiones burlescas, las bofetadas, la saliva del mas profundo desprecio, y luego el leño de la infamia, el castigo de los malvados y de los esclavos entre dos criminales, en medio de las risas, de las burlas, de las bravatas mas insultantes á que no respondió la victima sino con el silencio de una impotencia aparente.

Y ahora pregunto á todo hombre sensato; ¿qué tienen que ver con esto Platon ni su Verbo, el Egipto, el Oriente, y sus doctrinas religiosas y filosóficas, ó la creencia

(3) Neandro, *Antignosticus*.—Véanse los *Anales de filosofía cristiana*, 3.^a série.

en las encarnaciones paganas?... ¡Ay! todo eso predisponia tan poco los ánimos á admitir al hombre Dios del Evangelio, que en la época de que hablamos muchas sectas heréticas, divididas por otra parte entre sí, estaban acordes en sostener que un Dios no habia podido nacer, sufrir y morir mas que en apariencia (1).

La nueva religion que no ofrecia atractivo ninguno por sus dogmas, no lo ofrecia mas por su moral. Indudablemente la moral cristiana era propia para agradar á una razon elevada, ilustrada, exenta de toda influencia de las falsas preocupaciones de la educacion, de la costumbre, de las pasiones. ¿Pero dónde se hallaba entonces esa razon, elevada, ilustrada, libre de influencias contrarias?... La moral cristiana era propia tambien para agradar á las conciencias enfermas, á los pobres y á todos los desgraciados, ¿Pero quién no sabe que una conciencia gangrenada concluye por no sentir su mal, ó que al menos el aguijon del remordimiento se embota por el hábito, y el peso de los mayores crímenes se hace ligero, sobre todo, cuando el desbordamiento carece de freno y es universal? Y lo era en aquella época. ¿Quién no sabe además que el cristianismo, indulgente con el verdadero arrepentimiento, era inexorable con la conversion hipócrita, y que exigia, no solo la promesa, no la apariencia vana, sino la realidad de la conversion probada por obras y por obras penosas? ¿Cuántos preceptos no imponia capaces seguramente de paralizar en los corazones abrumados por el remordimiento y en los infortunados, el deseo que hubieran podido tener naturalmente de abrazarlo? La reparacion de todas las injusticias, la enmienda de todos los agravios, las reconciliaciones mas costosas, ayunos frecuentes, abstinencias multiplicadas, privaciones por penitencia (2), la renuncia á cariños ilícitos

(1) Los basilidianos, los saturninianos, los valentinianos, los marcionitas, etc.

(2) Un autor pagano de la época, que habia observado la vida de los cristianos, representaba á estos « con el rostro pálido, la cabeza inclinada, y

tan dulces como fuertes, á hábitos los mas inveterados y halagüeños para una naturaleza corrompida, el evitar ocasiones las mas inocentes en apariencia, siempre que se viese comprometido en ellas el interés de la fé ó de la virtud; el abandono de toda riqueza poco pura, de todo provecho ilegítimo, de los teatros, de las fiestas, de los juegos públicos, de los festines mezclados de prácticas supersticiosas, de todas las reuniones profanas, en fin, cuyo sacrificio debia ser tanto mas costoso cuanto que aquella época era de molición y disolución y ese sacrificio debia arrastrar muchas veces en pos de sí la pérdida de la paz doméstica, bien tan dulce como precioso.... ¿No habia lo bastante para quitar el encanto de la moral evangélica á los ojos de aquellos á quienes podia presentarse al pronto como un remedio ó como un auxilio?....

Nótese bien, además, en lo que toca á los pobres y desgraciados que el cristianismo no venia, cual otro Espartaco, á predicar una especie de cruzada contra los poderosos y felices del siglo. Su moral queria que *todos trabajasen para merecer el sustento*, como escribia San Pablo á los Tesalónicos (1); queria que los servidores, lejos de romper violentamente el yugo, *obedeciesen á los amos con el mayor respeto, no solo á los que fuesen dulces y moderados, sino tambien á los que eran ásperos y duros* (2); queria que grandes y pequeños *crucificasen todos la carne con sus pasiones y sus deseos inmoderados* (3). Seguramente no veo qué atractivo haya en semejantes prescripciones, cuyo peso debia contrabalancear con exceso para la naturaleza cualquiera otra ventaja. Todavía alcanzo menos cómo podian ser inducidos los pobres á dar el ejemplo de las primeras conversiones: naturalmente debian desear, y con

diciéndose entre sí: Haremos un ayuno de diez dias; pasaremos las noches cantando himnos.» (Luciano, *Philopatris*.)

(1) II, Thessal. III, 10.

(2) I, San Pedro, II, 18.

(3) Galat. V, 24.

ardor, que los grandes, los poderosos, los ricos abrazasen la moral del cristianismo; pero ellos los primeros!.... ¿y por qué, si no era divino? ¿No estaban acaso tan apegados como las clases superiores á la religion antigua, y eran menos capaces de gustar la elevada doctrina moral de la nueva? ¿Se comprende que los pobres para poner en comun su indigencia sacrificasen todas sus preocupaciones y pasiones? Humanamente no era cordura hacerlo: ¿y lo será decirlo?.... ¿Quién no sabe, por lo demás que hemos visto en nuestros días al sansimonismo, apoyado por la fortuna y hasta por el saber, y que despues de apelar á todas las pasiones de los pobres y de los proletarios, y de entretener por algun tiempo las miradas curiosas de la multitud, acabó por morir?.... *Vergüenza y lástima* han quedado sobre su tumba. Por último ¿quién no comprende que lo que hubiera podido ser en los pobres desgraciados, cuando se estableció el cristianismo, la causa *ocasional* de algunas conversiones aisladas, no pudo evidentemente ser la causa *eficaz* de la conversion del mundo pagano?

Se ha hablado de semejanza entre la moral de los sabios de Grecia y de Roma y la moral cristiana, como lazo que pudo hacer adoptar esta última. Pero aun suponiendo, que no es así, que de la moral filosófica antigua á la moral evangélica no haya mucha distancia ¿puede desconocerse acaso que habia muchísima distancia de la teoria á la practica? Sabido es que la teoria moral de los sábios griegos y romanos no era la práctica de la inmensa muchedumbre entregada á una disolucion espantosa; y aun entre los filósofos mismos ¿no desmentia su conducta sus hermosas palabras (1)? Al paso que la moral del cristianismo fué practicada desde el principio admirable y generalmente, mas generalmente todavia por aquellos que no sabian, por decirlo así, si habia filósofos en el mundo (2).

(1) Véanse los respectivos artículos en el *Diccionario histórico* de Feller.

(2) Véase el capítulo siguiente.

Ahora bien, para comprender, no diré lo poco fácil sino lo humanamente imposible que eso era, dirijamos una mirada en torno nuestro. Entre aquellos cuya cuna ha bendecido la religion cristiana, que han tomado posesion de la vida intelectual y moral bajo su feliz influencia, y que para observar sus preceptos no tienen que vencer educacion, preocupaciones, ni temor alguno humano, ¿cuántos hay harto débiles ó corrompidos para no vivir en armonia con sus creencias! ¿Qué habia de poder, pues, naturalmente el soplo dulce y puro de la moral evangélica sobre aquel mundo de idólatras, nacidos en la corrupcion, educados y criados en la corrupcion, que ocultaban bajo las brillantes esterioridades de la vida toda la fealdad de la muerte?.....

Por lo demás consta por la historia (y esto cortaría en caso necesario toda dificultad) que en el establecimiento del cristianismo el dogma y la moral caminaban á la par, siendo predicados y enseñados juntamente, y exigiéndose á la vez la ceremonia del uno y la práctica de la otra. Pero basta un simple exámen de ambos para convenirse de que el dogma debia naturalmente servir de obstáculo á la aceptacion de la moral, aun cuando esta no hubiera sido tan austera, como la moral debia tambien naturalmente servir de obstáculo á la aceptacion del dogma, aun cuando este no hubiera presentado todas las dificultades cuya importancia hemos dado ya á conocer.

Añádase á esto que el culto cristiano, aunque basado en la oracion y el sacrificio, cosas admitidas y practicadas en el politeismo, hablaba poco á los sentidos, estaba despojado de todo lo que halaga á la naturaleza y hasta era penoso. La sujecion á oraciones frecuentes, á prácticas molestas, á vigiliias prolongadas, iba unida á la falta de todas las distracciones, de todos los atractivos de las solemnidades paganas, porque la Iglesia tenia entonces por única pompa los graves y lúgubres simbolos de los sufrimientos y de las ignominias de su fundador, las sombrías tinieblas de la noche ó la desnudez de la soledad, y las profundi-

dades de las catacumbas (1). ¿Qué atractivo, pues, podían hallar los paganos que eran enteramente esclavos de los sentidos, en semejante culto que acompañaba á una moral y á unos dogmas tan poco propios para atraerlos?

Vemos, pues, que el cristianismo era para ellos repugnante en su origen. ¿De dónde procedía en efecto? De la Judea, país despreciado hasta lo sumo en todo el imperio. ¿De quién y por quién venía? De un judío y por judíos; y á mas de eso, de un judío de familia de artesanos, artesano él mismo, desdeñado, aborrecido y perseguido á muerte por sus propios conciudadanos, crucificado á petición de estos por los romanos, y de consiguiente objeto de aversion tanto para unos como para otros, y á mas de eso por judíos de la hez del pueblo, sin nombre, sin bienes de fortuna, sin ciencia, desdeñados también y perseguidos cruelmente por sus compatriotas. ¿Qué cuna la Judea, qué jefe un judío ajusticiado como un ladron, qué bandera la cruz, y qué ejército doce judíos, doce pobres ignorantes! ¿Qué hombres para atraer á sí y someter sin trabajo á su autoridad á la universalidad de las naciones! ¿No habia en eso á la verdad lo muy bastante para hacer mover la cabeza de lástima, mas bien que de desprecio, á todos los pueblos?

Verdad es que San Pablo cooperó con ellos, que no era un hombre vulgar y que antes de su conversion habia sido iniciado en la secta de los fariseos por el doctor Gamaliel. Pero San Pablo era profundo, oscuro; y tenia un estilo muy poco popular, como se ve por sus epístolas. Ahora bien, con el oscuro fondo de la ciencia farisáica y sus cualidades de espíritu tan poco acomodadas á la inteligencia de las masas ¿qué efecto podia hacer él solo en ellas? Por eso pone por testigos á los que convirtiò de que no lo fueron ni por su elocuencia, ni por la ciencia humana, sino

(1) Cecilio, en M nocio Félix, hablando de los cristianos, dice que no tienen templos, que sus reuniones son clandestinas, sus sacrificios nocturnos. (Nums. IX, X).

por la lógica de los hechos (1); y sus adversarios le echaban en cara que tenia un modo de decir despreciable (2).

Se ha dicho que el celo de esos primeros propagadores del Evangelio habia hecho mucho, igualmente que la fama de sus prodigios y el temor del fin próximo del mundo unido á la esperanza de la inmortalidad del alma con que infatuaban á sus oyentes; pero eso es una pobreza digna apenas de contestacion. ¿Pues acaso los apóstoles lejos de anunciar el fin próximo del mundo no rectificaban sobre el particular el error de los que se figuraban que estaba cercano? Léase si no á San Pedro en su segunda epístola (III, 4, 8, 9) y á San Pablo en la segunda á los Tesalónicos (II, 1, 2, 3). ¿Era ademas el dogma de la otra vida una cosa tan nueva para el paganismo? ¿Por ventura el temor del fin del mundo ó la esperanza de la resurreccion de los cuerpos, que era para la razon una especie de misterio, hubieran podido algo sin prueba ninguna, sin prenda alguna segura, sobre todo cuando ese temor y esa esperanza iban enlazados con la necesidad de creer el dogma, de practicar la moral, de observar el culto de una religion humanamente despreciable en su cuna?... Y en cuanto al celo, ¿era natural ó no? Si lo primero, esplíquenos por qué los sofistas, por ejemplo, que iban dando lecciones de ciudad en ciudad (3), no han dejado nada en pos de sí, á pesar de su celo; por qué los hereges primitivos con doctrinas favorables á las pasiones del espíritu y de los sentidos tuvieron tan poco éxito á pesar de todo su positivismo. Ademas en los apóstoles, y esto no puede ponerse en duda, su celo no era el de la cimitarra, sino el de la simple persuasion, sin arte, sin preparacion, sin el recurso estudiado del talento de la palabra que el mismo San Pablo se gloriaba de despreciar (4); y ese celo, aun cuando llevado al estremo

(1) Cor. II, 4.

(2) II, Cor. X, 10.

(3) Diccionario de Moreri; art. *Sofistas*.

(4) I, Cor. I, 17, 11, 14, 3.